



Humphrey Slater  
**Tres entre montañas**



Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

Fotografía del autor: Alba.  
Humphrey Slater en el frente durante  
la Guerra Civil española.

**Humphrey Richard Hugh Slater**, escritor y pintor británico, nació en 1906. Considerado a mediados de los años veinte un prometedor artista abstracto, a principios de los treinta se afilió al Partido Comunista, para posteriormente alistarse en las Brigadas Internacionales. Sintió, como Orwell y otros miles de brigadistas, la llamada de España, aunque su paso por la Guerra Civil acabó siendo la causa de su desencanto del comunismo. A su vuelta a Gran Bretaña entrenó a la Guardia Nacional en técnicas de guerrilla urbana y fue editor durante un par de años de la revista *Polemic*. Calificado como subversivo por las autoridades a causa de su militancia comunista, fue objeto de una estricta vigilancia por parte de los servicios secretos, cuyos informes retratan al clásico hombre del partido de esos años, con constantes viajes por toda Europa para propagar la doctrina, y una vida personal trunca por su propia ideología. Autor de una obra relativamente escasa que apenas comprende media docena de novelas y ensayos, *Tres entre montañas* es ya el tercer libro publicado por Galaxia Gutenberg, que ha recuperado por el momento *Los herejes* y *El conspirador* –que conoció una adaptación cinematográfica protagonizada por Elizabeth Taylor y Robert Taylor–, una de sus obras cumbre. Falleció en España en 1958, en circunstancias desconocidas, cuando al parecer estaba escribiendo sus memorias.

En un campo de prisioneros comunes del sur de Francia, coinciden un ladrón de origen inglés, un estafador de origen alsaciano y un contrabandista de origen español. Los nazis los toman por tales. Sin embargo, el lector sabe que son tres espías con importantes misiones que cumplir.

Aprovechando un transporte entre prisiones, los tres huyen con un mismo objetivo: atravesar los Pirineos y llegar hasta Lisboa para retomar sus respectivas misiones. Todos consideran a sus compañeros delincuentes comunes y mientras los nazis les persiguen, ellos se debaten entre la colaboración o la huida en solitario.

Novela de acción trepidante, mantiene el suspense hasta el final a la vez que plantea los grandes dilemas: la lealtad a los compañeros o la salvación personal, la traición a los ideales o el sacrificio de la propia vida.



1

En otoño de 1944, la prisión de Naronne, en los Pirineos Orientales, estaba llena de ladrones y sádicos acusados de perversiones menores y actos de violencia. Los casos interesantes, como los sospechosos de delitos políticos, se llevaban en Toulouse, donde se encargaban de ellos las autoridades alemanas, y Naronne se reservaba a los condenados por los delitos comunes más sórdidos.

Once reclusos, que cumplían sentencias de entre doce y dieciocho meses, ocupaban la celda número cinco. Ésta tenía unos anchos bancos de madera fijados a las paredes y, en una de las esquinas, sujeta al suelo de piedra, una mesa de hierro. El techo, muy alto, estaba esmeradamente tallado y por una claraboya entraba al sesgo un cegador rayo de sol; no había ventanas y la única ventilación era la corriente de aire que pasaba por debajo de las puertas que daban al pasillo y al patio. La claraboya era tan pequeña que, incluso los días soleados, la celda permanecía oscura y fría; sin embargo, el calabozo no estaba superpoblado y los presos podían deambular arriba y abajo libremente y repantigarse a sus anchas en los bancos mugrientos.

Por la noche, los carceleros les proporcionaban colchonetes y una manta por cabeza. Los presos no se desvestían, pero la mayoría se quitaba las botas o las alpargatas, aunque algunos se acostaban calzados y con la gorra o el sombrero puestos. Dormían en los bancos de las paredes, envueltos en las mantas y en completa oscuridad. Uno de los hombres hablaba en sueños incesantemente y otros ronca-

ban con gruñidos y gorgoteos. Por la noche, los ratones se deslizaban por debajo de la puerta para dar cuenta de las migas y restos de comida junto a la mesa de hierro o para buscar desperdicios en el cubo de los excrementos y durante el día, cuando la puerta del corredor estaba abierta, llegaba a colarse en la celda alguna rata. De vez en cuando, una de ellas quedaba encerrada por la noche y, al pasar por encima de algún durmiente, causaba revuelo entre los presos, que empezaban a agredirse a ciegas porque alguno creía notar que unos dedos hurgaban en sus bolsillos.

A las siete de la mañana, un negro enorme llevaba a la celda un cubo de agua casi hirviendo y el carcelero que lo acompañaba golpeaba la puerta con un manojo de llaves y gritaba, a la manera de un sargento primero:

—¡En pie! ¡El desayuno!

Los hombres se levantaban enseguida y, arrastrando los pies, formaban con sus escudillas de latón en torno al cubo de agua caliente, temerosos de que la puerta se cerrara antes de conseguir su ración.

Antes de la guerra, los presos podían comprar tabletas de chocolate negro de la cantina para deshacerlas en el agua, pero en 1944 no había nada que comprar. Algunos guardaban pedazos de pan del día anterior para tener algo que comer por la mañana, pero la mayoría aprendía poco a poco a tomarle el gusto a su litro de agua hirviendo matutino, sin nada sólido. La celda número cinco era la más próxima a la cocina y sólo en raras ocasiones el desayuno llegaba tibio.

Un corpulento proxeneta, Isidore, expulsado del Vieux Port de Marsella y detenido más tarde por traficar con opio en Sète, se abrió paso entre los hombres congregados en torno al cubo y apuró su cuenco de agua caliente sin moverse de donde estaba; volvió a llenarlo y luego se retiró, abriéndose paso de nuevo, y se sentó a la mesa a observar

con impaciencia cómo los demás bebían. Mientras terminaban, Isidore los observó uno a uno y lanzó una mirada colérica a Gil Quinto, un contrabandista catalán, que bebía despacio, tomándose su tiempo, y que le pareció que estaba demorándose a propósito para molestarlo.

Isidore se levantó, abrió los brazos y, con una sonrisa burlona, arrinconó a nueve de sus compañeros de celda en una esquina.

—¡Hora de jugar! —exclamó, en una imitación vociferante del carcelero.

Se quitó la sucia gorra blanca con visera y alargó la mano hacia Clair, uno de los presos más enclenques. Agarrándolo por el pelo, lo forzó a meter la cara en la gorra, que Isidore sostenía en la otra mano a la altura la cintura. Los demás jugadores se dispusieron en corro alrededor de la víctima y, para más comodidad, uno de los hombres le levantó el faldón de la chaqueta.

Se produjo un momento de silencio y, de pronto, un preso de bastante edad golpeó en las nalgas a Clair con la mano abierta, volvió rápidamente a su lugar inicial y disimuló, haciéndose el inocente.

Tan pronto notó la palmada, Clair se incorporó y se dio la vuelta para adivinar quién había sido. Todos, salvo el culpable, se reían a carcajadas y Clair decidió que el viejo que estaba tan visiblemente avergonzado debía de estar fingiendo, por lo que señaló al azar a otro. Como se había equivocado, tuvo que inclinarse otra vez y un segundo jugador decidió arriesgarse a darle otro golpe. Clair se volvió con rapidez suficiente como para ver la mano que se retiraba y advertir la expresión satisfecha del hombre, en contraste con las ganas apenas contenidas que veía en la mirada de los demás. Acertó al señalar quién había sido y el culpable ocupó su puesto y se inclinó dócilmente, mientras Clair le ponía en la cara el grasiento interior de la gorra.

El grandullón Isidore se sumó a la fila de jugadores y flexionó los dedos, preparándose para la oportunidad de hacer daño.

El juego se prolongó casi dos horas. La mayoría se entretenía con aquello y, en cualquier caso, a nadie le disgustaba hasta el punto de considerar que mereciese la pena correr el riesgo de tener una trifulca con Isidore, quien disfrutaba hasta el punto de no querer jugar, por su propio interés, de otro modo que no fuese con el más estricto buen humor. Sin embargo, el juego no resultaba divertido a menos que hubiera suficientes jugadores y la única manera de que uno pudiera retirarse, al menos temporalmente, era ir a usar el cubo de los excrementos situado junto a la puerta. El juego se había convertido en una costumbre y les ocupaba todas las mañanas hasta la hora de salir al patio a hacer ejercicio. Luego, volvían a jugar entre la hora del almuerzo y la segunda salida al patio. Y a partir de las cuatro, cuando los encerraban de nuevo en la celda para pasar la noche, continuaban hasta que se hacía demasiado oscuro para precisar el golpe y para ver quién había sido. En ocasiones, incluso jugaban durante el periodo de patio. Así, horas y horas cada día, durante semanas y meses. Los presos, sin recursos mentales, estaban tan mortalmente aburridos, en cualquier caso, que no eran muy conscientes del horrible tedio de su ridículo pasatiempo, aunque dos o tres de ellos, últimamente, habían empezado a mostrar preferencia, durante las horas de patio, por entretenerse con cierta versión de la petanca e incluso, para pasmo e irritación de Isidore, estaban fabricando un juego de piezas de ajedrez.

Gil Quinto, al que habían detenido en un escarpado sendero de montaña en plenos Pirineos con un cargamento de mil plumas estilográficas americanas a lomos de un burro, era quien había parecido encabezar, durante el último mes, la leve resistencia al brutal egoísmo de Isidore. Como los demás, Quinto iba sucio y sin afeitar, pero se comportaba con dignidad y hablaba en voz baja con un cerrado

acento franco-catalán. Su delito implicaba que manejaba más dinero que ninguno de los demás y, por ello, era respetado como un hombre importante con el que algún día podía resultar ventajoso haber compartido celda. Incluso el grandullón Isidore alcanzaba a entenderlo así y le permitía un grado de independencia que no habría tolerado a nadie con una condena menos prestigiosa.

La gran puerta de hierro se abrió con un chirrido y entró un carcelero con una libreta para preguntar a los presos qué querían de la cantina. Se sentó a la mesa, sacó de una funda deteriorada sus gafas de montura metálica y se llevó la punta del lápiz a la lengua.

El hombre empezó a escribir con dedos torpes en una caligrafía de escolar retrasado:

«Isidore Mitau, narcóticos, una cebolla.

Jean Crosier, agresión violenta, una cebolla.

Dupin Esgrignon, hurtos, una cebolla.

Cibot Berryer, agresión sexual, una cebolla.

Gil Quinto, contrabando, un par de cordones de zapato y una cebolla.

Raymond Remonaque, violación, una cebolla.

Martin Clair, hurtos, una cebolla.»

Cuatro de los presos no tenían dinero depositado a su nombre en la oficina, por lo que no podían hacer pedidos.

Cuando hubo hecho la lista, el carcelero sacó otra libreta, la abrió junto a la primera y pasó el dedo despacio por la lista de nombres, leyéndolos y localizándolos en la otra. Cuando llegó al de Felix Sterner, se detuvo, comparó las libretas con impaciencia y, con una regla, procedió a tachar limpiamente una línea en una de ellas. Luego, se sentó muy erguido, se bajó las gafas hasta la punta de la nariz y gritó:

—¡Sterner!

Un corpulento joven alsaciano, con un marcado acento alemán, se acercó pesadamente desde las inmediaciones de la puerta. Tenía el pelo rubio y tupido, los ojos azules y las manos y los pies grandes. Siempre estaba riéndose, o

sonriendo entre unos dientes amarillentos. Llevaba ocho semanas en la celda y aún parecía tan feliz.

Con una expresión complacida, el alsaciano se plantó ante el carcelero y bajó la vista hacia él, esforzándose por mantener un aire de seriedad.

–Tú no tienes dinero –le recriminó el carcelero con severidad.

Sin poder dominarse, Sterner estalló en carcajadas y se alejó, sacudiendo los hombros de la risa. El carcelero se acercó a la puerta del patio y gritó:

–¡A hacer ejercicio! ¡Paso ligero!

Los hombres salieron a empellones, protegiéndose los ojos del intenso sol otoñal y tiritando bajo el aire frío y seco del patio, y Gil Quinto y el menudo Clair, con su rostro ratonil, empezaron a recoger del suelo piedras adecuadas para jugar a petanca. Isidore se sintió insultado, pero no intervino. Dupin no tardó en sumarse al juego; buscaron a un cuarto y llamaron por señas a Sterner.

Sin su principal seguidor, Isidore se encogió de hombros cínicamente, se sentó en el suelo de espaldas a la pared y bajó la visera de la gorra blanca para protegerse los ojos de la luz.

Los demás deambularon por el patio, aburridos pero disfrutando del sol. Cibot Berryer accionó la bomba del agua sin esperanzas y, en efecto, no consiguió extraer el menor borboteo. Dos carceleros, sentados cerca de la puerta en sendas sillas de la cocina, leían los periódicos de la mañana.

Clair y Quinto jugaban según sus propias reglas: se colocaban de espaldas a la tapia de la prisión, casi tocándola, y desde allí lanzaban sus piedras a un pedazo de baldosa que hacía de boliche y que situaban a unos metros. La idea era arrojar las piedras muy alto para que cayeran a plomo y no salieran rebotando. La segunda ronda se jugaba de cara a la tapia, con el boliche muy próximo a ella, y la manera más segura de dejar la piedra cerca era hacerla rebotar an-

tes en el muro. La gracia del juego estaba en el control y en la elección de la piedra: una redonda rodaba demasiado y una plana, si aterrizaba de canto, era imprevisible. Clair aprendió enseguida a usar las que tenían caras y esquinas lo más parecidas a un cubo. Sterner siempre prefería las redondas, a pesar de la dificultad de controlarlas, y coleccionaba un puñado de las más esféricas. Gil Quinto estaba convencido de que las planas eran las más efectivas.

Clair y Quinto jugaban con ceñuda concentración y apostaban fuerte a cada resultado: Quinto se jugaba el agua caliente de la mañana contra la cebolla de Clair del día siguiente y, a veces, apostaban la mitad del pan e incluso, cuando se excitaban, todo un cuenco de sopa. Sterner, en cambio, sólo arriesgaba un cuarto de cebolla cada vez y, cuando había perdido los cuatro, siempre se retiraba del juego, riéndose.

Los jugadores gritaron, discutieron y midieron distancias minuciosamente hasta que terminó la mañana y fue hora de recogerse de nuevo en la celda en penumbra para la colación de mediodía.

Dentro, formaron en cola delante de la puerta del corredor y aguardaron impacientes, hambrientos, sin hablar. Pareció que transcurría mucho rato hasta que el cerrojo chirrió y el mismo preso de confianza negro que había llevado el agua por la mañana entró con un cesto de pequeñas rebanadas de una *baguette* de un metro de largo. La cola desfiló una vez para recoger la ración de pan y, en el mismo orden, esperó de nuevo a que sirvieran la sopa. Siempre era la misma agua grasienta casi hirviendo con, dos o tres veces por semana, unos pedazos de carne de mulo o de caballo, casi descompuesta. Todos apuraban la sopa apresuradamente, quemándose la lengua, porque siempre estaban tan hambrientos que les parecía deliciosa; sólo tenían una escudilla cada uno para todos los propósitos y debían vaciarla antes de que el negro volviera con la ración diaria de ácido vino tinto.

El tiempo entre el almuerzo de las doce y el segundo periodo de patio transcurría deprisa y todos ellos lo disfrutaban casi con pasión. El litro de vino áspero por cabeza bastaba para llenarlos y excitarlos y lo paladeaban como sibaritas, bebiéndolo a sorbos para hacerlo durar y mordisqueando, entretanto, los mendrugos de pan. Y siempre, hacia las cuatro de la tarde, todos empezaban ya a esperar, con el ansia más viva, la ración del día siguiente.

Era una suerte para los presos que uno de los cosecheros más importantes de la zona fuera hermano del alcaide y que, por lo tanto, tuviese un amplio y lucrativo contrato para el suministro de vino a la prisión, con cargo a las arcas públicas. Fuera de los muros de la cárcel, apenas habría existido para los hombres un placer comparable en intensidad con aquél, que se repetía con regularidad, día tras día.

Los once presos se sentaron en círculo en el suelo de piedra con las piernas cruzadas y dieron tragos al vino mientras contaban historias y repetían poemas, o celebraban estentóreamente unos chistes que ya habían oído más de una vez. Cibot Berryer era el más divertido de todos, pues había sido conserje de un burdel de París y describía a los clientes, sobre todo a los oficiales alemanes, con malicia y profundo desprecio. Contaba que los alemanes se comportaban con toda corrección en el salón y siempre se descubrían, hacían reverencias y entrechocaban los talones. Pero en los dormitorios, decía, sus excentricidades eran de lo más estrambóticas y, por más ropa que llegaran a quitarse, no se sabía de ninguno que, incluso si se quedaba a dormir toda la noche, se hubiera quitado las botas.

–La disciplina –suspiró Cibot– es algo maravilloso.

–Magnífico –asintió Isidore–. Aquí, en Francia, carecemos de ella.

–Completamente –corroboraron todos con pesadumbre.

–Es terrible –dijo Cibot.

De pronto, todos parecieron menos animados y, poco a poco, el círculo se rompió en grupitos de dos o tres hombres que murmuraban en los rincones de la celda. Pronto, varios de ellos se echaron a dormir en los bancos.

Isidore se encontró solo e ignorado. Usó el cubo de los excrementos y luego, bastante a la ventura y sin muchas esperanzas, gritó:

—¿Quién se apunta a jugar?

No respondió nadie e Isidore se sentó en un banco y se puso a jugar en solitario con un pedazo de cordón de zapato. Al cabo de unos minutos de manosearlo con aire desconsolado, advirtió que Clair roncaba a su lado en el banco y se entretuvo en suspender el cordón sobre la oreja del durmiente, introduciéndole el extremo en el oído. Clair, maquinalmente, lo apartó con la mano e Isidore se rió por lo bajo, esperó unos segundos y volvió a hacerle cosquillas. Clair gruñó y apartó el cordón, irritado. El juego continuó unos minutos, hasta que Clair despertó por completo y reparó en lo que sucedía. Pálido de odio concentrado, se puso en pie de un brinco y miró con furia al gordo bruto que se reía en el banco. Cerró el puño lentamente y, de pronto, lanzó un directo al rostro de Isidore con todas sus fuerzas.

Isidore se golpeó la cabeza con la pared que tenía detrás y quedó aturdido un instante, pero se recuperó enseguida y se levantó, con las piernas separadas y los grandes brazos simiescos ligeramente doblados, balanceándolos delante de sí. Bramó y rugió y avanzó hacia Clair, embistiendo con la cabeza baja como un toro. Clair se hizo a un lado ágilmente e Isidore colisionó con Sterner, que estaba disfrutando de aquella interrupción de la monotonía del día. Los dos soltaron juramentos con tono feroz y los demás empezaron a lanzar insultos y a gritar desaforadamente como para instigarlos a iniciar la pelea.

Isidore embistió otra vez contra Clair pero, cuando intentaba alcanzarlo, perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo.

Entre gritos amenazadores, dos carceleros entraron blandiendo las cachiporras emplomadas. Casi al momento, se hizo el silencio y los presos se quedaron quietos donde estaban. Isidore se volvió y alzó la vista desde el suelo con aire dócil.

–Bien –dijo el funcionario jefe–, como queráis. Os quedáis una semana sin vino.

Los hombres se mostraron contritos y asustados y nadie dijo nada.

El carcelero decidió que la trifulca había concluido y, unos minutos antes de la hora, abrió la puerta del patio.

–¡Paso ligero! –gritó.

Alarmados y con la cabeza gacha, los presos salieron a toda prisa.

No era la primera vez que los amenazaban con quedarse sin vino, pero en esta ocasión estaban abatidos porque no podían estar seguros de si la amenaza iba en serio.

En realidad, era muy infrecuente que el alcaide cerrara el suministro de vino. No era un hombre deshonesto y no le gustaba acumular unas reservas inútiles costeadas por la República. Ni se le ocurriría vender los excedentes en el pueblo y era un hombre demasiado frugal como para contemplar la idea de echarlos por el desagüe. Y habría resultado muy impropio, en opinión del alcaide, dar el vino de los presos a los carceleros. Por otra parte, comprar una cantidad menor al proveedor no sería sino hacer perder un buen dinero a la familia y, por lo tanto, el hombre consideraba necesario tener la cautela de mantener un consumo constante y abundante.

Sin embargo, los presos de la celda cinco no sabían nada de esto y estaban terriblemente preocupados por su ración de bebida de la semana siguiente. Pasearon despacio por el patio en grupitos, rehuyendo la compañía de Isidore y de Clair, los cuales deambulaban en solitario, cada uno por su lado, con expresión alicaída y como pidiendo perdón. Clair restregó laboriosamente su cuenco con arena del